

La Virgen, tan piadosa; la Virgen, que es tan buena,
les dió feliz socorro. ¡Tornó la mar serena!

—
¡Quebró la fuerza tosca del viento desatado!
¡Quedó la mar tranquila, y el aire sosegado!

—
Los rudos, los humildes, valientes pescadores,
sintiéronse bien pronto con ánimos mayores;

—
tornaron á su costa, volvieron á su hogar...
¡Por gracia de la Virgen, Señora de la Mar!

—
Conmueven hoy sus voces. Rezando van... Caminan,
y en tanto, con sus cirios, los aires iluminan...

—
Parece que en las sombras que cunden,—¡oh, cuán bellas!
avanzan, lentamente, brevísimas estrellas...

—
¡Cuán gratas, cuán hermosas, las dulces oraciones,
rezadas con los ritmos de lánguidas canciones!

—
¡Las dulces oraciones de tanto pescador!
¡Los rezos á la Virgen, que dióles su favor!

—
¡Oh, Virgen Sacrosanta! ¡Señora de los mares!
¡Señora de los cielos! ¡Por siempre los ampare!

—
¡Por siempre! ¡Con sus pobres y frágiles barquillas!
¡Por siempre los devuelvas á plácidas orillas!

—
¡Sus ojos á Tus ojos clarísimos eleven!
¡Tu santo amor proclamen! ¡Tu pura gracia prueben!

—
¡Tu amor! ¡Tu pura gracia, divina, singular!
¡Oh, Rosa de los Cielos! ¡Oh, Reina de la Mar!

EL REY GRALÓN

(Leyenda bretona.)

A RAMÓN ASENSIO MAS.

En Is reinaba, noblemente,
 el noble y viejo Rey Gralón.
 Mas ¡ay! que en vano procuraba
 dar á su pueblo bien cabal.

En Is, ciudad jocunda y bella,
 más que su insigne, viejo Rey,
 el Mal reinaba; Mal vitando,
 con cuerpo y faz de tentación.

El torpe Mal, de alegre vida,
 que al mal induce, torpe y vil;

que siega flores, que subyuga
 con una amable esclavitud.

Era la Villa, Villa y Corte,
 cual buque anclado dentro el mar.
 Diques robustos la guardaban
 del mar azul, mas no de Dios.

Allí triunfaban los pecados
 con un satánico poder;
 en una larga y loca orgía,
 bajo el influjo de Satán.

Musa galante, blanca Musa
 de tanta fiesta, bien gentil,
 era *Da-Gut*,—¡oh, sus encantos!,—
 hija, sin par, del Rey Gralón.

Ella los gozos encendía
 de tanta loca saturnal;

ella su Corte profanaba,
con un satánico poder.

—

Con mil locuras infernales,
con cuerpo y faz de tentación;
pecado vivo, siempre bello;
flor venenosa, flor en Is.

—

San Corentino, viejo y noble,
San Guenolé, juicioso Abad,
con vivo celo se afanaron
por su difícil redención.

—

Mas siempre en balde. Sus palabras
nada lograron de *Da-Gut*.
Con que siguieron las orgías,
bajo el influjo de Luzbel.

—

Llegó, por fin, un buen momento.
Dios, indignado, quiso al fin

que tales pérfidas locuras
hubiesen trágico final.

—

Dios, que es la Luz que al fin se impone
con todo el fuego de la Luz;
Dios, que es el Bien, de donde emanar
la Suma Paz, el Sumo Bien.

—

Dios, que permite que la Noche
venza á la Tarde veces mil,
; veces á miles!, por que luego
brille, triunfal, la luz del Sol.

—

San Guenolé montó á caballo.
Fué difundiendo nueva tal.
Y en vano fué... Siguió la orgía.
Siguió el reinado de *Da-Gut*.

—

Mientras vertiendo largo lloro,
—Rey sin fortuna, triste Rey,—
tales delirios contemplaba,
locura tal, el Rey Galón.

¡Oh, cuál instante! De improviso,
rotos los diques, á la par,
todos saltaron, trizas hechos,
y al punto en Is la mar entró.

—

Era de noche,—noche oscura,
de impenetrable lobreguez,—
cuando en la vil ciudad maldita,
sirviendo á Dios, entró la mar.

—

Entró rugiente, desbordada,
por los dominios de *Da-Gut*;
como sedienta de justicia,
¡como la cólera de Dios!...

—

Poco después, del Mal vitando
cesó la dura esclavitud.
Poco después, bajo las olas,
murió la impúdica ciudad.

—

El Rey Gralón sobre las ancas
puso á *Da-Gut* de su corcel,
cuando las olas imponentes
llegaban ya contra los dos...

—

¡Oh, la tristísima carrera,
bajo la Noche, Noche vil,
á los rugidos de las olas,
que resonaban sin cesar...!

—

En los espacios, como un trueno,
dijo, de pronto, fuerte voz:
“Para que pueda perdonaros,
Da-Gut sepárese de ti...”

—

Da-Gut rodó sobre las olas,
que la mataron sin piedad.
El Rey Gralón salvó su vida.
La mar, de pronto, se aplacó.

—

¿En dónde el Rey murió, tan bueno?
Quizás aún vive. Dios, tal vez,
con su existencia perpetúa
su tradición y su virtud.

—
Sobre la mar, en claras noches,
vaga una sombra, sin cesar;
sobre las aguas que atacaron
al Rey Galón en su corcel.

—
En claras noches, misteriosas;
mientras la Luna da su luz;
mientras las ondas, argentadas,
brillan con trémulo placer.

—
Tan vaga sombra, que en la Noche
clama por Is, al són del mar,
es el espíritu doliente
del pobre Rey, del Rey Galón.

LA ESCUADRA INGLESA

A MR. A. E. HOUGHTON.

Sobre el fondo, que deslumbra, de la mar resplandeciente,
pasan buques, por distancias oportunas separados.
Pasan, lentos. Pasa y brilla, con las proras á Poniente,
una gran escuadra inglesa, vanidosa, prepotente;
bajo el Sol que da en sus naves, encendiendo sus costados;
si con quince *torpederos*,
á la par con seis *cruceros*—y con seis *acorazados*.

—
Por que paces venturosas hoy perduran
que riquezas y progresos aseguran;
paces largas, con que al odio miserable se destierra
de los reinos de la Tierra,
todos blancos
los inmensos, nobles buques aparecen;

con sus torres, blancas todas, que, si truenan, ensordecen;
 albas torres, bien centrales, bien montadas en los flancos,
 donde, rudos y terribles, sus cañones se guarecen;
 blancos todos, los menudos *torpederos*,
 que parecen modelados por Titanes,
 en las húmedas cavernas, misteriosas, de sus fraguas;
 tan menudos, tan ligeros,
 y que al mando y á las voces de sus fuertes capitanes
 van, cual flechas, arañando los espejos de las aguas...

—

Todos brillan.—¡ Oh, los buques portentosos
 que á la brava mar humillan!—
 Los pequeños, los colosos...
 Todos lucen y deslumbran. Todos brillan...
 Resplandecen las banderas
 en los mástiles airosos,
 obedientes al capricho de las auras pasajeras,
 lisonjeras...
 Resplandecen los costados,
 en los seis *acorazados*;
 en los nítidos *cruceros*,
 y en los breves, animosos *torpederos*;
 las enormes chimeneas, rutilantes,
 que la atmósfera conmueven con alientos de gigantes;

los cañones, ¡ cuán bruñidos!,
 con sus cuerpos de gigantes rematados por sus bocas;
 á los rayos de la luz, estremecidos
 cual si dieran y saltaran en aristas, sobre rocas...

—

Sólo un punto, cual de modo momentáneo,
 pasan nubes, leves, breves, sobre el Sol que las ahuyenta,
 con que toma el agua pura del azul Mediterráneo,
 tonos grises, los del cielo con barruntos de tormenta.
 Pero, pronto, los celajes se disipan, se disuelven;
 los destellos que mandara Sol tan vivo pronto vuelven,
 y á los buques admirables con sus rayos acribillan,
 ¡ y entre luces de sus luces los envuelven!
 Con que todos ya, de nuevo, gozan, triunfan; brillan, ¡ brillan...!

—

Oh, la escuadra portentosa,
 que desfila, tan ufana,
 bajo el Sol, tan complaciente, y á la luz color de rosa
 de una límpida mañana.
 Tantos buques, tan hermosos, tan audaces,
 aseguran
 estas paces
 tan hermosas, que perduran.
 Tantos buques, y otros muchos, sus hermanos, van diciendo,
 por los mares,—¡ si es preciso, lo repiten al estruendo

de sus múltiples cañones!,—la grandeza
de una patria prodigiosa;
la firmeza
del esfuerzo que resiste,—que persiste,
mientras vence la constancia del esfuerzo que le acusa.

—
¡Salve, salve, tú, mil veces;
tú, mi patria, la segunda, que en el mar te me apareces!
¡Salve, salve, noble tierra,
flor de todas en el orbe, cabe el manto de los cielos!
¡Salve, salve, fuertes hijos de Inglaterra;
como yo, los descendientes de tan ínclitos abuelos;
los marinos valerosos, por britanos...!
Yo os saludo, mis hermanos.

—
¡Oh, admirable Gran Bretaña! Yo divido mis amores,
los que dictame la sangre que me dieran mis mayores,
entre tú, que me seduces,—oh, admirable Gran Bretaña,—
y este suelo donde vivo con mis penas: el de España.
En los ojos de mi madre, tan azules, y tan claros
á pesar de que miraran tantos duelos y reveses,
vi reflejos de tus costas, resplandores de tus faros.
En los ojos de mi madre, dulces ojos escoceses,
—por azules, y por bellos, los que pintan á las Hadas,—
columbré como la sombra de tus brumas encantadas.

¡Ah, mi madre! ¡Y oh, recuerdos! En su rostro, conmovido
por larguísimas angustias, por la luz embellecido,
cuántas veces vi los rasgos de las vírgenes inglesas.
¡Cuántas veces, contemplándome dormido,
me arrulló con sus canciones, con baladas escocesas!
Otras tantas, al influjo de sus voces, y en mis sueños,
tan amables y tan vagos,
vi, de Escocia, los paisajes ribereños,
con la Luna tan risueños,
que se miran y se admiran en las ondas de sus lagos...

—
Salve, salve, Gran Bretaña,
que compartes mis amores con España;
que al amparo de tus dioses tutelares
y por obra, tan insigne, de tus ánimos fecundos,
eres árbitra, señora de los mares;
de los mares de la Tierra, de las tierras de sus mundos...
Que difundes tu ventura,
por tan varios continentes;
como Sol, en magna altura,
que reparte sus destellos providentes.
Por que en todos,—tú transmites hidalguía,
tú que esplendes para todos como el Día,—
mal que apunte, derrotado, bajo sombras, se retuerza.

Por mandato de tu fuerza. Por virtud de tu cultura
que es la fuente, que es la base más segura
de tu Imperio, de tu fuerza.

—

¡Salve, tú! ¡Del mar bravío, fiel amada, noble esposa!
¡Patria noble de que antaño se ufanaran mis abuelos!
¡Triunfa siempre! Por altiva, por capaz y generosa!
¡*Rule, Britannia!* ¡Por la tierra, por el mar... y por los cielos!

LUCES AMIGAS

Los faros son constantes protectores
de cuantos buques por el mar navegan.
¡Fueran así, tan fieles, los amores!

—

Salúan á las naves, cuando llegan.
Despiden, cuando marchan, á las naves.
Si espléndidos refulgen, nunca ciegan.

—

Sólo deslumbran á las torpes aves.
Y á manera de sabios complacientes,
dulces amparan, si parecen graves.

—

Arraigan en bravísimas rompientes,
ó las bocas indican de los puertos,
con sendos soles en las altas frentes.

Por mares muchos, á su luz abiertos,
señalan al cuitado navegante
derrotas buenas, si peligros ciertos.

—

No hay amor como el suyo, tan constante;
como el que á todos, sin cesar, inspira
cuanto buque zarpó, mar adelante...

—

Por eso el buque sin cesar los mira,
los busca, los requiere desde lejos;
los ama, los adora, los admira.

—

Por obra de sus límpidos espejos,
por gracia de sus mágicos fanales,
clarísimos esplenden sus reflejos;

—

reflejos de su luz, que en cien raudales
brotan, brotan, y al cabo se difunden,
traspasando tan nítidos cristales...

—

Serenos brillan, poderosos cunden,
y allá donde sus rayos resplandecen
fuerza, valor, serenidad infunden.

—

Ya se apagan, de pronto; ya aparecen
de pronto con más luz; varios colores
muestran, ó cambian ya; menguan ó crecen

—

con amplios y difusos resplandores,
según los faros son, y así, tan mudos,
dicen más que verbosos oradores.

—

No importa que los tiempos, los ceñudos,
que al mar afligen con tan fuertes males,
—con densas lluvias y con vientos rudos,—

—

conmuevan, en los faros, sus cristales,
mientras desfilan sobre el mar que ruge,
clamando con furor, los vendavales.

—

No importa, no, que á su terrible empuje
cristales tiemblen del fanal, un tanto,
mientras resiste la armadura, y cruje.

—

No les duelen crujido ni quebranto.
Como en las gratas horas, las mejores
del más risueño Abril, llenas de encanto,

—

los faros todos, de su luz señores,
—con firme voluntad,—serenos siguen
hablando con palabras de colores...

—

Quizás las brumas su fulgor mitiguen,
cubriéndolos con fúnebres disfraces;
mas poco, al cabo, pueden ni consiguen.

—

Contra las brumas, densas y tenaces,
la luz se impone siempre, vencedora,
con vivos rayos, en profusos haces.

—

La Noche misma se creyó Señora
veces mil, mil y mil, de tierra y cielos,
y veces tantas la venció la Aurora.

—

Faros hermosos, que aprestáis consuelos,
que brilláis con amor, que dais amparos,
en tantas luchas, en tan largos duelos

—

faros amigos, portentosos faros;
por tan noble bondad, nobles gigantes;
por ser tan buenos, á la vez tan claros:

—

contra vientos y brumas, tan constantes;
bajo todos los cielos, providentes;
sobre todos los buques, rutilantes;

—

alzad, alzad, las despejadas frentes,
para bien de los nautas atrevidos,
para bien de los náufragos dolientes.

—